

ba el ejército situado en Flandes, que se llamó del Norte.

Lafayette tenía á sus órdenes el del Centro, y acampaba hacia Metz. Luckner, anciano guerrero, mediano general, intrépido soldado y muy popular en los campamentos por sus costumbres militares, dirigía el cuerpo de ejército que ocupaba la Alsacia. Estos eran todos los generales que nos había dejado una prolongada paz y una deserción general.

Rochambeau, descontento del nuevo régimen, irritado de la indisciplina que reinaba en el ejército, se quejaba sin cesar y no infundía ninguna esperanza al ministerio. Lafayette, joven, activo, ansioso de distinguirse defendiendo la patria, restablecía la disciplina en sus tropas y vencía todos los obstáculos suscitados por la mala voluntad de los oficiales, que eran los aristócratas del ejército. Después de reunirlos á todos y apelando á sus sentimientos de pundonor y delicadeza, díjoles que debían abandonar el campamento si no querían servir lealmente; que si alguno deseaba retirarse, él se encargaría de facilitarle un retiro en Francia ó pasaporte para el extranjero; pero que si resolvían continuar en el servicio, esperaba de su parte tanto celo como fidelidad. De este modo consiguió Lafayette es-

tablecer en su ejército más orden que el que reinaba en los demás. En cuanto á Luckner, que no tenía opinión política, y era por lo tanto partidario de todos los gobiernos, prometía mucho á la Asamblea, y consiguió en efecto ganarse la voluntad de sus soldados.

Narbonne viajaba con la mayor celeridad, y así es que el 11 de enero pudo ya volver para dar cuenta á la Asamblea de su rápida expedición. Anunció que la reparación de las plazas fuertes estaba ya muy adelantada, y que el ejército situado desde Dunkerque hasta Besançon formaba un contingente de doscientos cuarenta batallones y ciento sesenta escuadrones, con la artillería necesaria para doscientos mil hombres y víveres para seis meses. Hizo además los mayores elogios del patriotismo de los guardias nacionales voluntarios, y aseguró que dentro de poco se completaría su equipo. El joven ministro se dejaba llevar sin duda por las ilusiones de su celo; pero sus intenciones eran tan nobles, tanta la actividad que había desplegado en su misión, que la Asamblea le colmó de aplausos, haciendo pública mención de su mérito, por medio de un informe que envió á los departamentos, como solía hacerlo para todas las personas de quienes quedaba satisfecha.

CAPÍTULO II

División de los partidos sobre la cuestión de la guerra. — Lugar en que figuraron el duque de Orleans y su partido. — Decreto de acusación contra los príncipes emigrados. — Formación de un ministerio girondino. — Dumouriez, su carácter, su genio y sus proyectos. — Detalles acerca de los nuevos ministros, conversación de Dumouriez con la reina. — Declaración de guerra al rey de Hungría y de Bohemia. — Primeras operaciones militares. — Derrotas de Quievrain y de Tournay. — Asesinato del general Dillon.

A principios del año 1792 la guerra había llegado á ser la gran cuestión del momento, y hasta era para la revolución la de la existencia misma. Sus enemigos estaban fuera, pero dondequiera que estuviesen hacíase preciso buscarlos y vencerlos. Faltaba saber si el rey, jefe de los ejércitos, obraría de buena fe contra sus parientes y antiguos cortesanos: tal era la duda sobre la que importaba tranquilizar á la nación. La cuestión de guerra se agitaba entre los jacobinos, que no dejaban pasar ninguna sin resolverla soberanamente; y lo que parecerá más singular es que los más exaltados, y Robespierre su jefe, optaban por la paz, al paso que los jacobinos moderados, ó los girondinos, estaban por la guerra. A la cabeza de estos últimos figuraban Brissot y Louvet: el primero abogaba por la guerra con su talento é influencia, opinando con Louvet y todos los girondinos, que convenía á la nación, porque ponía término á una peligrosa incertidumbre, dando á conocer las verdaderas intenciones del rey. Estos hombres, juzgando el resultado por su entusiasmo, no podían creer que la nación fuese vencida, y pensaban que si por culpa del rey sufría algún ligero descalabro, podría salir de dudas, deponiendo á un jefe infiel. ¿Cómo se comprende que Robespierre y los otros jacobinos no estuvieran en favor de una determinación que debía producir un desenlace tan rápido y decisivo?

Esto no se podía explicar sino por conjeturas. ¿Le asustaba por ventura la guerra al tímido Robespierre, ó la combatía sólo porque la había sostenido Brissot, su rival en los jacobinos, y porque el joven Louvet la defendió con talento? Como quiera que sea, abogó tenazmente por la paz; los franciscanos, que eran á la vez jacobinos, asistieron á la deliberación para apoyar á Robespierre. Parecían temer sobre todo que la guerra proporcionase demasiada superioridad á Lafayette, abriéndole el camino para la dictadura militar; esto era lo que inquietaba de continuo á Camilo Desmoulins, quien se le representaba siempre á la cabeza de un ejército victorioso, arrollando como en el campo de Marte á jacobinos y franciscanos. Louvet y los girondinos suponían en sus contrarios otro motivo, creyendo que sólo perseguían en Lafayette al enemigo del duque de Orleans, á quien se les suponía secretamente afectos.

El duque de Orleans, que figuraba más bien por las sospechas de sus enemigos que por la revolución, se había eclipsado entonces casi del todo. Al principio se pudo hacer uso de su nombre para alguna cosa; y hasta

él mismo se halló en el caso de fundar algunas esperanzas en aquellos á quienes favorecía; pero todo había cambiado mucho desde entonces: comprendiendo el duque que no estaba su lugar en el partido del pueblo, trató de obtener la gracia de la corte en los últimos tiempos de la Constituyente, pero fué rechazado. Bajo la Legislativa se le conservó en el rango de los almirantes, y habiendo hecho nuevas tentativas cerca de la corte, admítóle ésta por fin, y le recibió muy bien después de una larga entrevista. Debía volver á palacio, y se presentó en él en ocasión de estar puesta la mesa para la reina y de hallarse allí reunidos muchos cortesanos. Apenas le vieron, dirigieron las palabras más ultrajantes, y algunos de ellos, como si temiesen que echara veneno en los manjares, comenzaron á gritar: «¡Cuidado con los platos!» Después le empujaron y le pisaron, hasta que se vió precisado á retirarse; y como al bajar la escalera recibiese insultos, salió poseído de la mayor irritación, creyendo que el rey y la reina le habían preparado aquella escena humillante. Sin embargo, no era así, pues el rey y la reina tuvieron un profundo sentimiento al saber que habían cometido aquella imprudencia los cortesanos. El príncipe debió enojarse más que nunca; pero no por eso llegó á ser un jefe de partido más activo y hábil que antes. Aquellos de sus amigos que figuraban entre los jacobinos y en la Asamblea, crearon sin duda atmósfera acerca de lo ocurrido; y por esto se temió que apareciese de nuevo su partido en escena, creyéndose que renacían sus pretensiones y esperanza con los peligros del trono.

Los girondinos creyeron que los franciscanos y los jacobinos exaltados no defendían la paz sino para privar á Lafayette, rival del duque de Orleans, de los triunfos que podría proporcionarle la guerra; pero como quiera que sea, rechazada esta última por los jacobinos, y defendida por los girondinos, hubo de prevalecer en la Asamblea, en donde dominaban los segundos. La Asamblea comenzó por formar causa, desde el 1.º de enero, al hermano mayor del rey, al conde de Artois, al príncipe de Condé, á Calonne, al vizconde de Mirabeau y á Laqueuille, acusados de actos hostiles contra Francia; y como los decretos de acusación no exigían sanción alguna, no se debió temer entonces el *veto*. El secuestro de los bienes de los emigrados, y la percepción de sus rentas por el Estado, que era lo prevenido en el decreto sin sancionar, se prescribió de nuevo por un segundo decreto, al que no opuso el rey la menor

oposición. La Asamblea se incautaba así de las rentas á título de indemnización de guerra; y el hermano mayor del rey perdía su derecho á la regencia en virtud de lo dispuesto anteriormente.

El 14 de enero presentó al fin Gensonné á la Asamblea el informe sobre la última comunicación del emperador. Hacía presente que Francia había prodigado siempre sus tesoros y sus soldados en favor de Austria, sin obtener nunca recompensa; que el tratado de alianza concluido en 1756 se había violado por la declaración de Pilnitz y las siguientes, cuyo objeto era suscitar una coalición armada de los soberanos, así como también por el armamento de los emigrados, que toleraban y hasta secundaban los príncipes del imperio. Gensonné sostuvo además, que aunque se habían expedido recientemente órdenes para que se disolvieran las reuniones, no habían sido obedecidas aquéllas; que no se dejaba de ostentar allende el Rhin la escarapela blanca, ultrajándose á la nacional; que se maltrataba á los viajeros franceses, y que de consiguiente era preciso pedir al emperador una última explicación sobre el tratado de 1756. La Asamblea dispuso que se imprimiera y aplazara este informe.

El mismo día sube Guadet á la tribuna y pronuncia el siguiente discurso: «De todos los hechos comunicados á la Asamblea, el que más ha llamado la atención ha sido el plan de un congreso que tendría por objeto modificar la Constitución francesa, plan sospechado hace largo tiempo y que se denunció al fin como posible por las comisiones y los ministros. Si es cierto que dirigen esa intriga hombres que creen ver en ella el medio de salir de la nulidad política á que han descendido; si es verdad que algunos de los agentes del poder ejecutivo secundan con toda la influencia de sus relaciones tan abominable complot; si es exacto que se quiere conducirnos por dilaciones inútiles y la desanimación á que aceptemos una mediación tan vergonzosa, la Asamblea Nacional no debe cerrar los ojos ante semejantes peligros. Juremos morir aquí todos antes que...»

No se deja al orador concluir la frase, pues toda la Asamblea se levanta en masa gritando: ¡Sí, sí, lo juramos! Y en aquel acceso de entusiasmo, declárase infame y traidor á la patria á todo francés que tome parte en un congreso cuyo objeto sea modificar la Constitución. Contra los antiguos constituyentes y el ministro Delessart se dirigía este decreto, y en particular contra el segundo, á quien se acusaba de retardar las negociaciones. El 17 se entabló de nuevo la discusión sobre el informe de Gensonné, y decretóse que el rey no trataría sino en nombre de la nación francesa, en cuya forma debería exigir del emperador explicaciones terminantes antes del 1.º de marzo próximo. El rey contestó que hacía ya más de quince días que las había pedido á Leopoldo.

En este intervalo se supo que el elector de Tréveris, intimado por la insistencia del gabinete francés, había expedido nuevas órdenes para que se disolvieran las reuniones, y se cerrasen los almacenes abiertos en sus Estados, prohibiendo á la vez la recluta y los ejercicios militares: todas estas órdenes se habían llevado al parecer á debido efecto. No obstante, tal era en aquel momento la disposición de los ánimos, que se acogió

fríamente semejante noticia; y viéndose sólo en ella vanas demostraciones sin resultado, persistió en exigir á Leopoldo la respuesta definitiva.

En el ministerio había desavenencia entre Bertrand de Molleville y Narbonne: el primero, envidioso de la popularidad del ministro de la Guerra, vituperaba sus condescendencias con la Asamblea; Narbonne se quejaba de la conducta de Bertrand de Molleville, así como de sus tendencias anticonstitucionales, y deseaba que el rey le hiciera salir del ministerio. Cahier de Gerville era el mediador, pero sin resultado. Pretendióse que el partido constitucional quería elevar á Narbonne á la dignidad de primer ministro; y hasta parece que se engañó al rey, atemorizándole con la popularidad y ambición de Narbonne, á quien representaron como un joven presuntuoso que se proponía gobernar el gabinete. Sabedores los diarios de estas diferencias, Brissot y la Gironda defendieron calurosamente al ministro amenazado, atacando con rudeza á sus colegas y al rey. Entonces se publicó una carta escrita por los tres generales del Norte á Narbonne, y en la cual le manifestaban temores sobre su destitución, la cual creían inminente. El rey le destituyó al punto, mas para combatir el efecto de esta separación anunció también la de Bertrand de Molleville. Sin embargo, no debilitó esta medida el efecto de la primera; manifestóse al punto la mayor agitación, y la Asamblea quiso declarar, según la fórmula empleada en otro tiempo en favor de Necker, que Narbonne merecía la confianza de la nación y que todo el ministerio la había perdido. Se quiso, sin embargo, exceptuar de esta sentencia á Cahier de Gerville, que había combatido siempre á Bertrand de Molleville, y que acababa de tener con él una ruidosa disputa.

Después de muchas agitaciones, Brissot pidió permiso para probar que Delessart había abusado de la confianza de la nación. Parece que este ministro confió al comité diplomático su correspondencia con Kaunitz, correspondencia indigna en que se daba una idea muy poco favorable del estado de Francia, y en la cual pareció autorizarse la conducta y el lenguaje de Leopoldo. Es de advertir que Delessart y su colega Dupont-Dutertre eran los dos ministros más afectos á los fuldenses, y contra los cuales se tenía más prevención, porque se les acusaba de favorecer el proyecto de un congreso.

En una de las más borrascosas sesiones de la Asamblea, el infortunado Delessart fué acusado por Brissot de haber comprometido la dignidad de la nación; de no haber puesto en conocimiento de la Asamblea el acuerdo de las potencias y la declaración de Pilnitz; de haber vertido en sus notas doctrinas anticonstitucionales, dando á Kaunitz una falsa idea del estado de Francia, y de haber retardado la negociación dirigiéndola de un modo contrario á los intereses de la patria. Vergniaud se unió á Brissot para agregar nuevos cargos á los que se imputaban á Delessart: censuróle primeramente por haber tenido mucho tiempo en cartera, cuando era ministro de la Gobernación, el decreto que disponía la reunión del condado de Aviñón á Francia, siendo así causa de los asesinatos cometidos en aquella ciudad; y terminó diciendo: «Desde esta tribuna en que os hablo se divisa el palacio donde perversos consejeros extra-

vían y engañan al rey que la Constitución nos ha dado; veo las ventanas del palacio donde se trama la contrarrevolución, donde se combinan los medios de sumirnos de nuevo en la esclavitud... De ese famoso palacio salió con frecuencia el terror en remotas épocas y en nombre del despotismo; que vuelva hoy en nombre de la ley; que penetre en todos los corazones, y sepan todos cuantos allí habitan que nuestra Constitución no reconoce inviolabilidad sino para el rey.»

Puesto á votación el decreto de acusación, fué aprobado, y se envió á Delessart al supremo tribunal nacional, establecido en Orleans, donde debían juzgarse los crímenes de Estado, según lo prevenido en la Constitución. El rey le vió marchar con profunda pena, porque había depositado en él su confianza y le apreciaba mucho por sus opiniones moderadas y pacíficas. Dupont-Dutertre, ministro del partido constitucional, se vió también amenazado de una acusación; pero supo impedirlo, pidió que le dejaran justificarse, fué absuelto por la orden del día, y acto continuo presentó su dimisión. Cahier de Gerville hizo lo mismo, y de este modo se vió privado el rey del único de sus ministros que tenía en la Asamblea reputación de patriotismo.

Separado de los ministros que le habían dado los fuldenses, y no sabiendo en quién apoyarse en medio de aquella borrasca, Luis XVI, que había destituido á Narbonne porque era demasiado popular, pensó en aliarse con la Gironda, que era republicana. Verdad es que se había declarado como tal sólo por desconfianza del rey, y entregándose á este partido podría granjearse su buena voluntad; pero era necesario hacerlo sinceramente, y la eterna cuestión de la buena fe se elevaba aún aquí como en todas las ocasiones. No hay duda que Luis XVI era sincero cuando se confiaba á un partido; pero no lo hacía nunca sin violentarse y sin sentimiento, y tan pronto como este partido le imponía una condición difícil, aunque necesaria, rechazábala al punto. Entonces nacía la desconfianza, después el enojo, y un rompimiento era bien pronto la consecuencia de estas desgraciadas alianzas entre corazones ocupados exclusivamente por intereses en un todo opuestos.

Así es como Luis XVI, después de admitir á su lado al partido fuldense, rechazó con enojo á Narbonne, que era el jefe más caracterizado, quedándose reducido á entregarse en manos de los girondinos para hacer frente á la tempestad. El ejemplo de Inglaterra donde el rey elige con frecuencia sus ministros en la oposición, fué uno de los motivos que impulsaron á Luis XVI á proceder así. La corte concibió entonces una esperanza, pues siempre se abrigo alguna aun en las más tristes situaciones; lisonjeóse de que Luis XVI, eligiendo demagogos incapaces y ridículos, desacreditaría al partido á que pertenecían. Sin embargo, no sucedió así; el nuevo ministerio no fué lo que deseaba la malignidad de los cortesanos.

Hacia más de un mes que Delessart y Narbonne habían solicitado los servicios de un hombre en quien habían creído hallar preciosas dotes y á quien tuvieron á su lado para que les ayudase: era Dumouriez, que sucesivamente comandante en Normandía y en la Vendée, había demostrado en todas partes una firmeza é inteligencia poco comunes. Ofreció sus servicios tan pronto á la corte como á la Asamblea Constituyente, porque

todos los partidos eran iguales para él, deseando sólo ocupar de un modo ú otro su actividad y extraordinarias disposiciones. Dumouriez, mal conocido de su siglo, había pasado una parte de su vida ocupado en intrigas diplomáticas; y así es que, á pesar de su bravura, de su genio militar y político, y de sus cincuenta años, no era aún al principio de la revolución más que un célebre aventurero. Sin embargo, conservaba el fuego y el ardimiento de la juventud; y apenas se declaraba alguna guerra, formaba planes, proponíalos á todos los partidos, y mostrábase dispuesto á servir á todos con tal que pudiese entrar en acción. Habíase acostumbrado de este modo á no hacer aprecio alguno de la naturaleza de una causa; pero, aunque careciese de convicción, era generoso, sensible y capaz de mantenerse fiel, si no á los principios, por lo menos á las personas. Sin embargo, á pesar de la viveza de su ingenio, y de su gran valor, sereno é impetuoso, Dumouriez, admirable para servir, era incapaz para dominar; no tenía la nobleza de una convicción profunda, ni el orgullo de una voluntad despótica, y sólo era á propósito para mandar soldados; pero si con su genio hubiera tenido las pasiones de Mirabeau, la fuerza de voluntad de un Cromwell, ó sólo el dogmatismo de un Robespierre, hubiera dominado la revolución y á la Francia entera.

Cuando Dumouriez se presentó á Narbonne, formó al momento un vasto plan militar: quería á la vez la guerra ofensiva y defensiva, opinando que debía emplearse esta última en todos los puntos donde la Francia se extendía hasta sus límites naturales, en el Rhin, los Alpes, los Pirineos y el mar; pero en los Países Bajos, donde nuestro territorio no llegaba hasta el Rhin, y en Saboya, donde no alcanzaba hasta los Alpes, quería que se atacase acto continuo, y que al llegar á los límites naturales se adoptase de nuevo la defensiva. Esto era conciliar á la vez nuestros intereses y los principios; era aprovechar una guerra que no se había provocado, ateniéndose, por lo que hace á los límites, á las verdaderas leyes de la naturaleza. Propuso además la formación de un cuarto ejército, destinado á ocupar el Mediodía, y pidió el mando, que le fué prometido.

Dumouriez había sabido ganarse la voluntad de Gensonné, uno de los comisionados civiles que envió á la Vendée la Asamblea Constituyente, diputado después en la Legislativa, y uno de los individuos más influyentes de la Gironda. Habiendo observado también que los jacobinos eran una potencia dominadora, presentóse en su club á leer diversas Memorias que fueron muy aplaudidas; mas no por esto renunció á su antigua amistad con Delaporte, mayordomo mayor de Luis XVI y fiel servidor de este rey. Relacionado así con las diversas potencias que debían aliarse, Dumouriez no podía menos de conseguir su objeto y ser llamado al ministerio. Luis XVI resolvió ofrecerle la cartera de Estado, vacante por el decreto de acusación contra Delessart; pero como conservaba afecto al ministro acusado, propuso que ocupara aquel cargo interinamente. Dumouriez, que contaba con un poderoso apoyo, no quiso ser substituto de un ministro fuldense, y habiendo rehusado la cartera como interino, obtúvola en propiedad. No halló en el ministerio más que á Cahier de Gerville y á Degraives: el primero, aunque había presentado su dimisión, continuaba el servicio; el segundo,